



CRECED

www.creced.ch

julio/agosto 2020

Índice nº 4/2020

2	Principios esenciales de la vida cristiana	<i>R.K. Campbell</i>
9	Ir a Jerusalén	
10	Una oración de Daniel	<i>E.A. Bremicker</i>
13	Desde el principio	<i>J.A. Monard</i>
18	El fuego	

La revista CRECED tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

Principios esenciales de la vida cristiana

(Viene de la página 8 del n° 3.2020)

4. El mundo y la separación de él

El mundo del que se hablará en este capítulo no es nuestro mundo material o creado, sino el orden y sistema mundial que Satanás ha construido en esta tierra material.

En el idioma griego en el que se escribió originalmente el Nuevo Testamento, hay tres palabras diferentes que se traducen en la Biblia Reina-Valera como “mundo”.

Son:

- 1) “aion” que significa «una edad, tiempo, dispensación»,
- 2) “kosmos”, que significa «orden, forma, moda, disposición»,
- 3) “oikoumene” que significa «la tierra habitable o tierra».

La mayoría de los versículos en nuestra Biblia traducidos como mundo corresponden al “kosmos” griego y hacen referencia al orden y sistema mundial que el hombre bajo Satanás ha construido sobre la tierra. Es de este sistema mundial del cual el cristiano está llamado a caminar en separación.

Satanás, su príncipe y dios

En Juan 12:31 y 14:30, el Señor habló de Satanás como “el príncipe de este mundo” (kosmos) y en Efesios 2:2 se nos dice que “anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia”. La corriente y el orden del sistema mundial del que estamos rodeados se orienta conforme a Satanás, el cual es su gobernador y el príncipe de la potestad maligna del aire, que opera en los no salvos.

2 Corintios 4:4 habla de Satanás como “el dios de este siglo” o «mundo» (aion), y en Gálatas 1:4 leemos sobre “el presente siglo malo” o «edad» (aion). Debido a que Satanás es su príncipe y dios, y ha construido su gran sistema y ordena su corriente, se identifica como malo el mundo o siglo en el que vivimos. “El mundo entero está bajo el maligno”, nos dice el apóstol Juan (1 Juan 5:19).

El carácter del sistema del mundo

En 1 Juan 2:15-17 se nos dice: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo (kosmos). Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y

la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre”.

Aquí tenemos claramente establecido el carácter de todo lo que hay en el mundo que Satanás ha construido. Cada cosa en este sistema apela a uno u otro de los tres deseos de la naturaleza mala del hombre caído: los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida. Cuando Satanás tentó a Eva y a Cristo, apeló a estos tres deseos en sus tentaciones (véase Génesis 3:6; Mateo 4:1-10). Eva respondió y pecó, pero Satanás no encontró en Cristo respuesta a sus tentaciones, porque no había en el Señor naturaleza pecaminosa. Las cosas en el sistema del mundo no son de Dios nuestro Padre, y pasarán. Estas malas tendencias apelan a nuestra naturaleza malvada, la cual consideramos en el capítulo precedente en el cual vimos que debemos considerarnos muertos con Cristo y por lo tanto, en nuestra condición de redimidos, caminar apartados del mundo malo de Satanás y de todo su atractivo a fin de tener una vida cristiana feliz y victoriosa.

Las cosas del sistema de este mundo, con las que Satanás procura ocuparnos, son temporales, y con el paso del tiempo se acabarán. “Enfermó, cayó el mundo” (Isaías

24:4), “pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Juan 2:17). La nueva naturaleza no ama el mundo malo de Satanás; ama a Dios el Padre y busca agradecerle. Dado que el mundo no es del Padre, sino de Satanás, el cristiano, quien recibió una naturaleza divina, no desea caminar tras las cosas de este mundo malo y no puede ser feliz en tener alguna comunión con él, por lo tanto, el apóstol dice: “Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (v. 15). Un verdadero cristiano no se caracteriza por el amor al mundo.

El mundo crucificó a Cristo

Cuando el Señor Jesús vino al mundo que había creado, el mundo (kosmos) no lo conoció (Juan 1:10). Más tarde, judíos y gentiles, religiosos y no religiosos, se unieron, lo rechazaron y le crucificaron. El título que fue puesto en Su cruz fue escrito en hebreo, griego y latín, las lenguas del mundo religioso, el mundo erudito y el mundo político de ese tiempo. Así, el mundo entero se unió para rechazar a su Creador y crucificarlo.

Al hablar de la sabiduría de Dios en 1 Corintios 2:7-8, el apóstol dice: “La que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria”. Así se habla de los príncipes

de este mundo, como ignorantes de la persona de Cristo, de la sabiduría de Dios y como aquellos que le crucificaron.

En Juan 15:18-25, el Señor habla del mundo que le aborreció a Él mismo, a su Padre y a los suyos sin causa. Esta actitud del mundo hacia Cristo y hacia Dios sigue siendo la misma. Nunca se ha arrepentido del terrible crimen de crucificar a Cristo y por eso este sistema del mundo está manchado con la sangre del Hijo amado de Dios. El cristiano que ama al Señor debe entonces caminar en completa separación del mundo, si quiere ser fiel a su Salvador, el cual fue rechazado.

La cruz nos aparta del mundo

En tanto que el mundo le dio a Cristo la cruz del rechazo y la muerte por la crucifixión, ¿cómo puede el cristiano amar o permanecer unido a este sistema mundial malo que tiene a Satanás como su dios y príncipe y que odia a Cristo, a su Padre y a su pueblo? La amistad del mundo es enemistad contra Dios, tal como Santiago 4:4 nos dice: “Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios”. El apóstol Pablo dijo: “En la cruz de nuestro Señor Jesucristo... el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gálatas 6:14). La cruz de Cristo debe permanecer como una

barrera infranqueable e inamovible entre el mundo y el cristiano, como aquello que lo aparta de este para siempre.

El cristiano no es del mundo

En Juan 15:19 el Señor nos dice, “Porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece”. El Señor nos ha elegido fuera de este mundo, y al salvar nuestras almas, “nos ha librado de la potestad de las tinieblas”, del reino de Satanás quien gobierna este mundo malo, “y trasladado al reino de su amado Hijo” (Colosenses 1:13). “Nuestra ciudadanía está en los cielos” (Filipenses 3:20). El cristiano pertenece a un mundo y reino diferentes del cual Cristo es el centro y contorno, por lo tanto, el cristiano no pertenece al presente siglo malo.

El cristiano está **en** el mundo pero no pertenece **a** él. Es como un barco en el agua. El barco está hecho para flotar en el agua y es útil en su interior, pero si el agua entra en el barco, pronto la embarcación se hundirá. Es así con el cristiano; debe ser útil para el Señor y las almas preciosas del mundo, pero el mundo en el que se encuentra no debe entrar en su corazón de modo que se convierta en parte de él; si lo hace, naufragará en cuanto a la fe (1 Timoteo 1:19).

Entonces el Señor oró como se ve en Juan 17:15-16: “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo”. El deseo y la oración del Señor por los suyos es que sean guardados del mal que caracteriza este mundo, que verdadera y prácticamente no sean del mundo. Entonces, guardémonos “sin mancha del mundo” (Santiago 1:27) en respuesta al deseo y la oración de nuestro Señor.

Un pueblo apartado

El Señor, por lo tanto, desea que su pueblo permanezca apartado para Sí mismo y se aleje de este mundo malo que lo crucificó y que lo aborrece a Él y a su Padre. Este es el camino en que andará la nueva naturaleza del creyente y en que el Espíritu Santo nos guiará. Este es un aspecto esencial de la vida cristiana y ningún hijo de Dios puede prosperar en su alma o realmente disfrutar de Cristo y su herencia celestial, si no está caminando en una separación práctica del espíritu y la corriente del presente siglo malo.

El pueblo de Dios en toda la Biblia, en cada época, fue llamado a ser un pueblo apartado para el Señor. Las siguientes Escrituras enfatizan esto: Exodo 33:16; Levítico 20:24; Esdras 10:11; Nehemías 9:2. “Habéis, pues, de serme santos, porque yo Jehová soy santo, y os

he apartado de los pueblos para que seáis míos” (Levítico 20:26), este es un ejemplo típico de la exhortación de Dios a su pueblo de antaño, exhortación que es igual para nosotros hoy, que andemos apartados del mundo y de aquellos que no le pertenecen.

Sin yugo desigual con los incrédulos

Si uno anda apartado prácticamente del mundo, no se puede unir en yugo desigual con aquellos que no son creyentes y que por lo tanto, forman parte del sistema impuesto por Satanás. 2 Corintios 6:14 nos da instrucciones definitivas sobre esto: “No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas?” Cuando dos seres están unidos en yugo, deben avanzar en la misma dirección y trabajar juntos como si fuesen uno solo. Pero, ¿cómo puede un cristiano caminar junto a un incrédulo? Son tan diferentes como la luz y la oscuridad. Estar unido en estas condiciones es estar en un yugo desigual e infeliz. Por lo tanto, cualquier yugo en los negocios comerciales, unión de tipo religiosa o matrimonial de cristianos con incrédulos es un yugo desigual con el mundo y debe ser rechazado, pues es muy nocivo y perjudicial para la vida y el testimonio cristiano.

Muchos creyentes no han prestado atención a las instrucciones anteriores y han descubierto con gran dolor cómo tales yugos desiguales les han traído sufrimiento y los han estorbado gravemente en su vida cristiana.

Vigile sus compañerismos

Aquello que conduce a un yugo desigual con el mundo, es el primer paso de la unión con el mundo y con los inconversos. Por lo tanto, es muy importante que los cristianos tengan mucho cuidado con quién tienen compañerismo. El salmista dijo: “Compañero soy yo de todos los que te temen y guardan tus mandamientos” (Salmo 119:63). Haga del Señor Jesús su principal compañero y a todos aquellos que lo aman, le temen y cumplen Su Palabra sus amigos y compañeros. Nos afecta la compañía que mantenemos. “No os engañéis; las malas compañías corrompen las buenas costumbres” (1 Corintios 15:33, V.M.). “El que anda con sabios, sabio será; mas el que se junta con necios será quebrantado” (Proverbios 13:20). Si un creyente tiene compañía con aquellos que son del mundo y ama su mal camino, pronto tendrá una mente mundana y se verá mezclado él mismo con el sistema del mundo.

Habiendo considerado lo que se ha presentado, confiamos en que el

lector verá que la separación de este presente y malo sistema del mundo en todos los sentidos es un aspecto vital en la vida cristiana y que no se puede gozar de la vida en abundancia en Cristo si la amistad del mundo es practicada. La separación del mundo debe ser el resultado natural de la comunión con Cristo, de andar en el Espíritu y en la nueva naturaleza. La devoción al Salvador y el disfrute de Él mismo son la fuente y el poder para la separación del mundo. Ojalá conozcamos más de esto en el poder de la nueva vida.

5. La adoración en espíritu y en verdad

El apóstol Pablo describe en Filipenses 3:3 tres características del pueblo cristiano. Allí leemos: “Nosotros somos la verdadera circuncisión, los cuales adoramos a Dios en espíritu, y nos gloriamos en Cristo Jesús, y no ponemos confianza alguna en la carne” (V.M.). Por lo tanto, adorar a Dios en el Espíritu y gloriarse en Cristo Jesús es una característica real y esencial de la vida cristiana. Esta vida es de Dios y se gloria en Él como su fuente de vida y de toda bendición. En la presentación de la posición y de las bendiciones del cristiano, como se lee en Romanos 5:1-11, lo que se da como el peldaño más alto en la escalera, por así decirlo, es “que

también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación” (v. 11). Esta gloria se expresa naturalmente en adoración y alabanza a Aquel que es reconocido como el Dador y la Fuente de todo su gloria y de sus bendiciones.

¿Qué es la adoración?

La adoración es la respuesta agradecida, alegre y desbordante del corazón hacia Dios cuando se llena con el profundo sentido de las bendiciones que le han sido otorgadas. Le está dando el honor, la adoración, la alabanza y la acción de gracias que le corresponde por lo que es en Sí mismo y por lo que ha hecho y hace por nosotros. Las alabanzas, las acciones de gracias y la mención de los atributos de Dios y de sus actos, con la actitud de exaltación de Él, es lo que constituye la adoración.

El significado de la palabra griega para adoración (*proskuneo*), la cual se usa en la mayor parte del Nuevo Testamento, es: «hacer reverencia u homenaje por postración, inclinarse en adoración».

En Juan 4:24 se nos dice que “Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren”. Como Dios es Espíritu, la adoración espiritual es todo lo que Él acepta. Él debe ser

adorado “en espíritu y en verdad”. La adoración espiritual contrasta con las formas y ceremonias religiosas de las que es capaz el hombre no regenerado. Estas no son esa adoración espiritual que Dios está buscando. La verdadera adoración cristiana es la expresión de la vida nueva, interior y divina que se realiza en la energía y el poder del Espíritu Santo, y se manifiesta en expresiones de alabanza, adoración y acciones de gracias. Esto deja de lado todas las fórmulas humanas que imponen ceremonias y rituales practicados por la voluntad y la iniciativa del hombre religioso pero no regenerado.

El Padre busca adoradores

“Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren” (Juan 4:23). Dios es conocido como Padre por sus hijos y adorado como tal en espíritu y en verdad. Se ha dado a conocer como un Padre que busca y adopta hijos que le adoren. En su propio amor redentor Dios ha salido en busca de adoradores, buscándolos bajo el suave o dulce nombre de “Padre”, colocándolos en una posición de cercanía y libertad delante de Sí mismo como hijos de su amor. Este es el lugar bendito al que el cristiano es llevado, y desde el cual ahora nuestro amado

Padre busca la adoración de los que son Sus hijos comprados por sangre. Démosle entonces libremente y diariamente la alabanza, las acciones de gracias y la adoración debida a su Nombre y que Él espera de sus hijos.

Cultivar el espíritu de alabanza

El salmista nos dice: “Bueno es alabarte, oh Jehová, y cantar salmos a tu nombre, oh Altísimo; anunciar por la mañana tu misericordia, y tu fidelidad cada noche” (Salmos 92:1-2). El apóstol, escribiendo a los creyentes hebreos, dice: “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre... porque de tales sacrificios se agrada Dios” (Hebreos 13:15-16). Así también el apóstol Pedro escribe: “Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1 Pedro 2:5).

Estas Escrituras, y muchas otras, nos hablan del espíritu de alabanza y adoración que debe caracterizar diariamente al cristiano. Cultivemos, pues, este espíritu de acción de gracias y adoración, que es la expresión propia de la naturaleza divina y una característica esencial de la vida cristiana.

¿Dónde están los nueve?

El Señor hizo esta pregunta al único leproso, de los diez que fueron sanados, quien regresó a Él y cayó a Sus pies para darle las gracias cuando descubrió que estaba limpio de su lepra. “Respondiendo Jesús, dijo: ¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviere y diese gloria a Dios sino este extranjero?” (Lucas 17:17-18). Esto nos muestra cómo el Señor apreció la adoración de este leproso al que limpió y cuán profundamente sintió la ingratitud de los otros nueve. ¡No seamos como los nueve, sino como el que adoró a su Salvador!

“Haced esto en memoria de mí”

En relación con dar al Señor la alabanza y la adoración que Él busca y que le corresponde, existe una petición especial que Él nos ha dejado y que consiste en que lo recordemos a Él en Su muerte por nosotros, al comer el pan y beber la copa de la Cena del Señor. “Tomó el pan y dio gracias, y lo partió y les dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí. De igual manera, después que hubo cenado, tomó la copa, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama” (Lucas 22:19-20). “Así, pues, todas las veces que

comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga” (1 Corintios 11:26).

Por lo tanto, es el deseo del Señor que tomemos parte de la Cena en recuerdo de Sí mismo y de su muerte expiatoria por nosotros, para alabarlo y adorarlo como nuestro Salvador, Redentor y Señor. Este es un elemento fundamental en la vida cristiana que el creyente no puede descuidar si desea complacer a su Salvador y prosperar en su alma. ¿Querido joven creyente, está obedeciendo al Señor en esta petición especial recordándolo como lo estableció?

(Continuará)

Ir a Jerusalén

“Cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén” (Lucas 9:51).

El evangelio de Lucas nos relata 3 viajes del Señor Jesús a Jerusalén.

- En su primer viaje fue traído por sus padres a Jerusalén, siendo aún un niño de pecho, porque era el primogénito de María. Conforme a la prescripción de la ley ellos le

presentaron allí a Dios (Lucas 2:22-24). Era el Primogénito que dedicó su vida a Dios y le obedeció hasta la muerte en la cruz.

- La segunda vez, viajó con sus padres a Jerusalén, a los doce años, para celebrar la pascua (Lucas 2:41-52). Su comportamiento en el templo fue perfectamente conforme a su edad. A pesar de que “más que todos sus enseñadores entendía” (Salmo 119:99), él les oyó y les preguntó. Sin embargo, no podía pasar desapercibido que aquel que estaba sentado frente a ellos era una Persona especial: “Y todos los que le oían, se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas”. Entonces fueron ellos los que preguntaban y él les respondía.

- La descripción del tercer viaje empieza en el capítulo 9:51, donde el Señor Jesús emprendió muy conscientemente el camino hacia Jerusalén. Este viaje duró más o menos seis meses y se terminó cuando entró en la ciudad, sentado sobre un pollino. A pesar de que sabía desde el principio que la condena a la muerte en la cruz le esperaba allí, fue hacia adelante con determinación. Nadie le podía detener en la meta de hacer la voluntad de Dios y de seguir este camino hasta el fin.

Näher zu Dir

Una oración de Daniel

El libro de Daniel contiene, además de profecías notables, muchas instrucciones prácticas para nuestra vida cristiana. Daniel, un joven israelita de la familia real, había sido llevado cautivo a Babilonia. A pesar de las influencias paganas de las que estaba rodeado, permaneció fiel a su Dios. Un rasgo característico de su vida es la oración. Recordemos simplemente el episodio del capítulo 2, donde, con sus compañeros, se encuentra en una situación de peligro extremo, y el del capítulo 6, donde lo vemos perseverando en la oración a pesar de la prohibición formal del rey.

El capítulo 9 nos cuenta en detalle una oración particularmente instructiva. Los primeros versículos indican lo que la suscitó. En el libro del profeta Jeremías, Daniel leyó un pasaje que se refería de manera muy específica al tiempo en que él se encontraba. Esto lo impulsa a buscar a su Dios a través de la oración. Los versículos 4-19 nos relatan sus palabras: es una confesión a Dios de la culpa y de las faltas del pueblo.

Daniel, como Esdras y Nehemías en su tiempo, se identifica con el pecado de Israel (v. 4-6). Acepta y reconoce como justa la acción

de Dios en su gobierno para con su pueblo. Sabe que Dios debe actuar conforme a lo que merece este pueblo (v. 7-15). Pero también apela a la compasión y la gracia divinas, confiando en que Dios actuará en su misericordia (v. 16-19).

Desde el versículo 20, hallamos la respuesta de Dios a esta oración. Esta comunicación divina contiene, entre otras cosas, una profecía importante acerca de las 70 semanas de años por venir (v. 25-27).

Aunque valga la pena mirar en detalle el contenido de esta oración y la respuesta que Dios le da, no es nuestro propósito aquí. La oración de Daniel es también un maravilloso ejemplo donde descubrimos características instructivas para nuestra vida de oración. Nos detendremos en seis de ellas.

1) Una buena actitud

En el versículo 3 del capítulo 9, Daniel vuelve su rostro a Dios, para “buscarlo en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza”. Tal es la actitud externa de Daniel, en la cual también podemos reconocer su actitud interna:

— Vuelve su rostro a Dios para hablar con Él.

— Le suplica. Su oración tiene un carácter urgente.

— Ora en ayuno, es decir, se concentra en la oración y deja el resto de lado por un momento.

— Se cubre con cilicio, o se sienta en cilicio (véase Isaías 58:5; Jeremías 6:26...). Se acerca a Dios con tristeza y confusión debido a la condición de su pueblo.

— Se sienta en cenizas, reconociendo su propia poquedad.

Esta actitud de corazón es un ejemplo para nosotros. Por supuesto, todas las oraciones no tienen este carácter. Pero, ¿no tenemos muchas razones para acercarnos a nuestro Dios de esta manera?

2) El temor de Dios

Daniel no solo reconoce su poquedad, sino también la grandeza de Dios. Se dirige a Él como “Señor, Dios grande, digno de ser temido” (v. 4). Ora con profundo respeto, consciente de la justicia y de la santidad de Dios.

Hoy, conocemos a Dios como nuestro Padre, lo que no era el caso de Daniel. Podemos tener plena confianza en Dios ya que somos sus hijos. Pero esta relación que tenemos con Él no quita el hecho de que es un Dios santo y justo.

La epístola a los Hebreos nos recuerda el versículo de Deuteronomio 4:24, “Porque Jehová tu Dios es fuego consumidor” (Hebreos 12:29). No debemos tener miedo o aterrorizarnos ante Dios, pero el temor siempre es apropiado. No lo olvidemos cuando nos acerquemos a Él.

3) La confianza en Dios

Daniel no podía conocer a Dios como a un Padre que ama a sus hijos, pero sabía algo de su gracia. Así, no se dirige a Él solamente como al Dios grande y digno de ser temido, sino como al que guarda el pacto y la misericordia con los que le aman y guardan sus mandamientos (v. 4). Confía en su misericordia y en su gracia.

En la primera epístola de Pedro capítulo 1, se nos dice: “Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación” (v. 17). Encontramos aquí las dos cosas: la confianza y el temor.

Cuando nos dirigimos a Dios en oración, podemos decirle todo lo que tenemos en el corazón. “Esperad en él en todo tiempo, oh pueblos; Derramad delante de él vuestro corazón; Dios es nuestro refugio” (Salmo 62:8). En todas las cosas, presentémosle nuestras necesidades en oración y ruego, con acción de gracias (Filipenses 4:6). Al abrirle nuestro corazón, mostramos nuestra confianza en Él.

4) La gloria y el honor de Dios

La oración de Daniel nos muestra que da el primer lugar a la gloria de Dios. Por supuesto, ora por su

pueblo. Pero no piensa en primer lugar en su bienestar, sino en el nombre de su Dios. Lo menciona cuatro veces en su oración (v. 6, 15, 18 y 19). Reconoce todo el mal que el pueblo de Dios ha hecho y se humilla profundamente.

¡Cuán a menudo nuestras oraciones son egoístas! Solo pensamos en nosotros y en nuestros intereses, y olvidamos la gloria de Dios. En particular, cuando tenemos que reconocer las fallas, muchas veces permanecemos en lo que nos concierne y olvidamos lo que hemos hecho contra Dios. La gloria de Dios también debería reflejarse en nuestras oraciones.

5) Oraciones precisas

Daniel es claro y preciso en su oración. Formula peticiones concretas e inequívocas. No se contenta con términos vagos y generales. Lo hallamos especialmente en los versículos 16 y 17, donde presenta una lista de peticiones específicas a su Dios.

Incluso cuando estamos personalmente ante nuestro Dios, como Daniel aquí, deberíamos orar de manera precisa. Por supuesto, Dios conoce nuestros pensamientos, y tenemos el Espíritu Santo para ayudarnos a orar. Pero no quita nada el hecho de que debemos decir claramente lo que tenemos en nuestro corazón.

En nuestras oraciones en público —por ejemplo, en la familia o en la reunión de oración— también es indispensable. A veces escuchamos oraciones al final de las cuales no sabemos realmente cuál fue el objeto. Aprendamos de Daniel y de muchos otros hombres de Dios que trajeron sus necesidades a Dios con palabras simples y claras.

6) La insistencia

Finalmente, observamos que Daniel es muy insistente en su oración. Parece no dar pausa a su oración, sino que dirige sus peticiones a Dios con palabras urgentes. Los versículos 16 a 19 lo muestran particularmente. Menciona razones claras y convincentes para motivar sus peticiones.

Somos exhortados a perseverar en la oración y velar en ella con acción de gracias (Colosenses 4:2). Romanos 12:12 nos da la exhortación breve e incisiva: “constantes en la oración”. El ejemplo supremo es el que nos ha dado nuestro mismo Señor. Pasó toda una noche orando a Dios (Lucas 6:12). Al comienzo de los Hechos, vemos a los discípulos perseverando unánimes en oración (Hechos 1:14).

Todo esto nos enseña. Presentemos nuestras peticiones a Dios con perseverancia, sin desanimarnos. ¡Cuán fácilmente nos cansamos

Desde el principio

cuando Dios no nos responde de inmediato! David oró fervientemente y hizo experiencias maravillosas: “Pacientemente esperé a Jehová, y se inclinó a mí, y oyó mi clamor” (Salmo 40:1).

Al final del capítulo, vemos que la oración de Daniel ha sido respondida. En el versículo 21, leemos: “aún estaba hablando en oración, cuando el varón Gabriel... vino a mí como a la hora del sacrificio de la tarde”. Y le dijo: “Al principio de tus ruegos, fue dada la orden, y yo he venido para enseñártela, porque tú eres muy amado” (v. 23). Dios nunca deja la oración de sus hijos sin respuesta. No nos responde necesariamente conforme a lo que imaginábamos. No sería siempre bueno para nosotros. Pero una cosa es cierta: Dios escucha el clamor de sus hijos y responderá en tiempo apropiado y de acuerdo con su sabiduría.

E.A. Bremicker

Tres grandes principios

La Palabra de Dios menciona numerosos principios. Tres de ellos son particularmente importantes y han de ser bien distinguidos.

1) El libro de Génesis se abre con la declaración: “*En el principio creó Dios los cielos y la tierra*” (1:1). Y luego nos da un cuadro de la creación del universo. Es el principio de la existencia de las cosas materiales que nos rodean.

2) Al principio del evangelio de Juan hallamos: “*En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho*” (1:1-3). Este pasaje dirige nuestras miradas hacia lo que “era” antes de la creación del universo. El que creó todo está llamado aquí “el Verbo”, la persona divina que al mismo tiempo “era Dios” y “era con Dios”, y que, en el tiempo apropiado “fue hecho carne, y habitó entre nosotros” (v. 14). Es el Hijo de Dios, por quien Dios hizo el universo y por quien más tarde habló (véase Hebreos 1:1-2). Así, el principio de Juan 1:1 no es el principio de alguna cosa. Es lo que había en

la eternidad, antes de cualquiera creación.

3) Al principio de su primera epístola, Juan nos habla de otro principio: *“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida... lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos”* (1 Juan 1:1-3). Como en el principio del evangelio, el escritor lleva nuestros pensamientos hacia la persona de Jesucristo, llamado aquí “el Verbo de vida”, que “estaba con el Padre” y que vino aquí abajo para darnoslo a conocer. Pero el principio del cual habla es muy distinto de los dos precedentes. Es el momento en el cual Aquel que es la Palabra de Dios “fue manifestado”, o sea el momento en el cual Jesucristo se presentó a Israel, llegando a éste como el Mesías que Dios le había prometido. Juan y los otros apóstoles son sus testigos, porque lo oyeron, vieron, contemplaron y palparon.

La mirada hacia
el principio de la creación

Las Escrituras nos muestran que a menudo el hombre ha alterado y deformado lo que Dios había instituido al principio. Cuando esto sucede, es esencial que volvamos a lo que era al principio.

Tenemos un ejemplo de esto en el matrimonio, la unión de un hombre y de una mujer, un lazo que no admite ni disolución, ni pluralidad. La manera como Dios forma a Eva a partir de una costilla de Adán conduce a la conclusión: “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Génesis 2:24). Sin embargo, muy pronto, un descendiente de Adán tomó dos mujeres (4:19), y muchos otros siguieron este ejemplo. La ley de Moisés consideraba la posibilidad del divorcio —al menos bajo ciertas condiciones (Deuteronomio 24:1)— pero el pensamiento de Dios nunca ha cambiado. Dice por la boca del profeta Malaquías: “Jehová Dios de Israel ha dicho que él aborrece el repudio” (2:16).

En la época en la cual el Señor estaba en la tierra, es probable que esto fuera un tema de controversia entre los judíos. Un día, los fariseos vinieron a él para tentarle y le preguntaron: “¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa?” (Mateo 19:3). El Señor los remite a lo que era “al principio”, o sea a la creación. Y cuando impugnan su respuesta, Jesús agrega: “Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así” (v. 8; véase Marcos 10:6).

La mirada hacia lo que era desde el principio

En sus epístolas, el apóstol Juan lleva constantemente a quienes se dirige a “lo que era desde el principio”, lo que aquí significa al principio del cristianismo. La necesidad de tal exhortación resulta del hecho que muy temprano en la historia de la Iglesia aparecieron engañadores —o falsos profetas, anticristos— (1 Juan 2:18; 4:1; 2 Juan 7). Instrumentos de Satanás para destruir la fe cristiana, pretendían traer nuevas revelaciones que supuestamente completaban lo que ya era conocido.

Lo que hoy en día pasa en la cristiandad no es muy distinto. El mundo considera que la teología es una ciencia que ha de desarrollarse, aportar nuevos elementos, progresar. Sin embargo, la verdad cristiana no tiene nada en común con la teología.

La verdad divina completa fue revelada por la venida de Jesucristo. Su obra y las consecuencias que de ella resultan son, “desde el principio”, el fundamento de la fe de los redimidos. Desde el momento que las Escrituras fueron completadas por el ministerio de los apóstoles inspirados (véase Colosenses 1:25), toda nueva revelación se ha de excluir como viniendo del diablo, y toda supuesta mejoría concebida por el espíritu

humano se ha de rechazar energicamente.

El apóstol Juan habla de Aquel “que es desde el principio”. El conocimiento de Su persona es una riqueza tan grande y tan infinita que esta riqueza caracteriza a los “padres”, los que son los más adelantados en la fe cristiana (1 Juan 2:13-14). Hay un “mandamiento” que los creyentes han tenido “desde el principio”, un “mensaje” que han oído “desde el principio” (2:7; 3:11).

En esta primera carta, Juan subraya el hacer justicia (2:29; 3:7, 10) y el amor para con los hermanos. Este último punto es lo que constituye la esencia del “mensaje” que hemos oído desde el principio: “Que nos amemos unos a otros” (3:11). Igualmente en la 2ª epístola de Juan, el “mandamiento” que hemos tenido desde el principio es “que nos amemos unos a otros” (v. 5). Esto orienta nuestros pensamientos hacia lo que el Señor dijo a sus discípulos en sus últimas pláticas antes de su muerte: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Juan 13:34-35).

Retengamos pues la apremiante exhortación que Juan nos da: “Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que

habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre” (1 Juan 2:24).

Las etapas de la revelación cristiana

Las exhortaciones de las Escrituras a volver a lo que era desde el principio y a quedarnos apegados a esto con fuerza no significa que toda la verdad cristiana haya sido revelada en el momento cuando el Señor Jesús empezó su ministerio en Israel. Por ejemplo, el Sermón del monte, en Mateo 5 a 7, no incluye la totalidad de lo que Cristo nos dio al venir al mundo. No es la predicación del Evangelio de la gracia tal como fue anunciado después de la elevación de Cristo al cielo y la llegada del Espíritu Santo a la tierra.

Es importante para nosotros distinguir algunas etapas de la revelación cristiana, el conjunto de la cual constituye “lo que era desde el principio”.

El Antiguo Testamento había anunciado la venida del Mesías, hijo de David, que debía establecer su reino glorioso y liberar a Israel. Esta es la perspectiva en la cual Jesús se presentó a este pueblo. El tema de su predicación, como el de la que confió a sus discípulos al principio, es: “El reino... se ha acercado” (Mateo 4:17; 10:7; Marcos 1:15; Lucas

10:9, 11). La misión de los que él enviaba estaba estrictamente confiada a Israel (Mateo 10:5-6).

El Señor sabía que iba a ser rechazado, pero no se presentó como rechazado. Se presentó para ser recibido, lo que dio un carácter particular a su mensaje en ese momento.

Luego, cuanto más pasaba el tiempo, más se hizo manifiesto que su pueblo no quería saber nada de él. Y el Señor “**comenzó** a reconvenir a las ciudades en las cuales había hecho muchos de sus milagros, porque no se habían arrepentido (Mateo 11:20). Un poco más tarde, “**comenzó** Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día” (16:21). Llegó el tiempo en el cual el Señor tuvo que decir a sus discípulos, hablando de los jefes religiosos de los judíos: “Dejadlos; son ciegos guías de ciegos” (15:14).

Poco tiempo antes de su muerte, el Señor declaró a sus discípulos que no les había dicho todo lo que tenía que decirles. Al anunciarles los sufrimientos que iban a encontrar en el mundo a causa de él, les dice: “Esto no os lo dije **al principio**, porque yo estaba con vosotros” (Juan 16:4). Aquí, el principio es el de su ministerio. Y les anuncia: “Aún tengo muchas

cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad... Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber” (v. 12-14). Y de veras fue lo que pasó: el mensaje de Cristo fue completado por el canal de los apóstoles inspirados.

Los que habían sido testigos de las palabras y de los hechos de Jesús desde el principio de su ministerio tuvieron una misión particular. El Señor les dijo: “Vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo **desde el principio**” (Juan 15:27). Y al principio de su evangelio, Lucas se refiere a “los que **desde el principio** lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra” (Lucas 1:2).

Falta de progresión y vueltas para atrás

El apóstol Juan nos apremia a que nos apeguemos a “lo que era desde el principio”. Entonces ¿cómo es que la epístola a los Hebreos nos exhorta a dejar “ya los rudimentos de la doctrina de Cristo” (Hebreos 6:1)?

Es un pasaje difícil, y lo hemos de considerar en su contexto. Al fin del capítulo precedente, el autor tiene que hacerles este reproche: “Os habéis hecho tardos

para oír. Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido” (5:11-12). En cuanto a su desarrollo espiritual, estos creyentes eran aún niños y les exhorta a ir “adelante a la perfección” (6:1).

Por otra parte, a estos judíos convertidos les costaba desprenderse de las prescripciones de la ley a las cuales estaban sometidos antes de haber conocido al Señor Jesús. El propósito de toda la epístola es desprenderles de las cosas antiguas que no eran más que “la sombra de los bienes venideros”, bienes que efectivamente vinieron por Jesucristo (10:1).

Necesitaban ser impulsados de dos maneras: por un lado para crecer en el conocimiento de la verdad, y por otro lado para abandonar lo que solo tenía valor en la dispensación precedente. Se les dice entonces: “Por tanto, **dejando** ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección; no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios, de la doctrina de bautismos (abluciones; 9:10), de la imposición de manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno” (6:1-2).

El fuego

Estos diferentes elementos, dados aquí como ejemplos, se reflejan a las prescripciones judaicas que tenían su valor antes de la venida de Cristo (abluciones, imposición de manos sobre los sacrificios), o a los principios válidos en todos los tiempos (arrepentimiento, fe en Dios). Así, la expresión “los rudimentos de la doctrina de Cristo” designa lo que precedió la plena revelación de la verdad por Jesucristo. Esto orienta nuestros pensamientos, sea en el judaísmo, sea en lo que el Señor enseñó en las primeras horas de su ministerio. De todos modos, los creyentes han de ir más lejos y asir por la fe el Evangelio completo, tal como está expuesto en el Nuevo Testamento entero.

Así, si hemos de volver a lo que era desde el principio, debe ser a ese Evangelio completo, basado en la revelación de Jesucristo venido en carne, en su obra perfecta, y en todas las consecuencias de esta obra, conforme al conjunto de la revelación hecha por el Espíritu Santo en el Nuevo Testamento.

J.A. Monard

El fuego es un símbolo de la santidad de Dios.

Dios se manifestaba por el fuego en la zarza ardiendo (Éxodo 3:2) y en la columna de fuego que conducía al pueblo (Éxodo 13:21).

Asimismo hallamos en la Palabra los juicios de Dios que se ejercen por medio del fuego sobre lo que su santidad condena. Por ejemplo en Génesis 19:24; Marcos 9:43-48; Apocalipsis 20:15. Está escrito que “Dios es fuego consumidor” (Deuteronomio 4:24; 9:3; Hebreos 12:29).

Los israelitas debían prender fuego a las ciudades de los Cananeos (Josué 6:24; 8:8, 19; 11:11; Jueces 1:8).

El fuego purifica consumiendo las impurezas, quedando solo el metal precioso (Malaquías 3:2-3; 1 Corintios 3:12-14; 1 Pedro 1:7).

Los siervos fieles pasan por el fuego sin ser quemados (Daniel 3:24-27; Éxodo 3:2).

En Levítico 1 al 4 vemos que el fuego quema la ofrenda por el pecado, pero manifiesta el olor grato del holocausto, de la oblación y de la ofrenda de paz.

La tierra será destruida por el fuego (2 Pedro 3:7).

Jesús nos dice: No sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece.

Juan 15:19

Cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén.

Lucas 9:51

Esperad en él en todo tiempo, oh pueblos; derramad delante de él vuestro corazón; Dios es nuestro refugio.

Salmo 62:8

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella.

Juan 1:1-5

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, 46, route de Suisse, 1290 Versoix-Genève (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los dieciocho **volúmenes** encuadernados de la revista Creced, correspondientes a los años 1984-85, 1986-87, 1988-89, 1990-91, 1992-93, 1994-95, 1996-97, 1998-99, 2000-01, 2002-03, 2004-05, 2006-07, 2008-09, 2010-11, 2012-13, 2014-15, 2016-17 y 2018-19. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 9 \$ EE. UU. 8 EUR 9 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago: América latina: se ruega incluir el pago junto a su pedido, y que este sea solo por medio de billetes en \$ de EE.UU. Europa: podrán abonar mediante giro postal internacional, con billetes en su moneda nacional.

– PayPal: Tendrá que introducir la dirección de e-mail: revista@creced.ch.

– Western Unión: a nombre de Jacques Perron, 46 route de Suisse, 1290 Versoix (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es **importante** que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Unión.

Comité de redacción: J. Perron (responsable), J.-P. Cuendet, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
